

Portugal correspondió al himno universalmente entonado á Pio IX.

Lisboa y Braga se distinguieron por la magnificencia de sus funciones. Una exposicion cubierta por miles de firmas fue elevada á Su Santidad con aquel plausible motivo; en ella se decia: «Los fieles de Portugal, en donde jamás ha triunfado la herejía y el cisma, tienen á inmensa gloria venerar en la persona de Su Santidad al Vicario de JESUCRISTO sobre la tierra, al sucesor de san Pedro, al centro de la unidad católica, al órgano de la verdad, al fundamento y baluarte de la libertad religiosa.»

Si de Europa pasáramos á América, la veríamos toda ella entregada el día 11 de abril á festejar el grato acontecimiento del venerable anciano que preside los destinos del mundo católico.

En nueva York las Cofradías de San Vicente de Paul, san José y san Lorenzo, recorrieron las calles á banderas desplegadas en medio de las señales de respeto y veneracion de los pobladores de aquel gran centro mercantil: en el Estado de Hospe se abrió una suscripcion, que tuvo eficacia para erigir un monumento público á Pio IX.

En Boston, Filadelfia, Pittsburgo, San Francisco, San Luis, Newark Albany, Bufalo, Dayton, Luisville, las demostraciones católicas fueron consoladoramente acentuadas.

En fin, basta lo consignado para que sepa el porvenir que la sociedad actual, léjos de hallarse dominada por la indiferencia religiosa, da á hechos, que en otras épocas pasaban desapercibidos, la importancia de grandes acontecimientos.

Jamás habia sido glorificado como hoy el aniversario semisecular de la misa de un Papa, á pesar de haber habido algunos Pontífices que consiguieron esta gracia.

Solicito siempre Su Santidad en velar por la incolumidad de los derechos de la Iglesia, levantó su voz en el Consistorio habido á los 25 de junio del mismo año, pronunciando la siguiente *Allocucion*:

«Venerables hermanos: En esta reunion solemne de vuestra asamblea nos vemos obligados á deplorar, con gran dolor de nuestro corazon, la nueva ley sancionada y promulgada por el Gobierno subalpino, contraria en alto grado á la Iglesia católica, á su inmunidad, á su libertad y á sus derechos y á la misma sociedad civil. Nos referimos á la ley por la cual este Gobierno, despues de tantas iniquidades que seria casi imposible enumerar contra la Iglesia, sus sagrados ministros y todo lo que le pertenece, no ha vacilado en someter á los clérigos al servicio militar. ¿Quién no ve cuán hostil y dañosa á la Iglesia es esta ley, que la priva de un derecho concedido por Nuestro Señor JESUCRISTO mismo, y la coarta en la eleccion de ministros idóneos y necesarios, instituidos por el mismo CRISTO para defender y propagar su Religion divina, y procurar la salvacion de las almas hasta la consumacion de los siglos; esta ley, cuyo único objeto parece que es borrar y exterminar, si tal pudiera suceder, la Iglesia católica de esta infelicísima Italia?»

«No tenemos palabras con que reprobar y condenar esta ley. Todo el mundo sabe que no hemos omitido medio alguno para cumplir con el mayor celo posible los deberes que nos imponia el cargo de nuestro ministerio apostólico, y que todos nuestros venerables hermanos los obispos de Italia, dignos de la mayor alabanza, no han cesado de hacer oír sus justas quejas, reclamaciones y solicitudes, para que no se promulgara semejante ley.

«¡Pluguiese al cielo, venerables hermanos, que no tuviéramos que deplorar al mismo tiempo los graves daños y males con que es afligida y vejada de un modo lamentable en el imperio austriaco y en el reino de Hungría nuestra santísima Religion! En cuanto á las noticias que nos llegan del reino de España sobre las cosas eclesiásticas, léjos de darnos algun consuelo, nos traen motivos de tristeza y amargura.

«El Gobierno ruso sigue persiguiendo á la Iglesia católica, arrojando, por violencia, de casi todas las diócesis á los obispos, y desterrándolos, porque, fieles á su deber, escuchan la voz y cumplen los mandatos del Vicario de Cristo en la tierra. Y no los permite salir de los límites de su imperio, aunque lo reclamen absolutamente los mas grandes intereses de la Iglesia; y de esta manera aumenta de dia en dia los obstáculos que impiden á los fieles de sus Estados comunicarse con Nos y con esta Sede apostólica.

«Pero, en medio de las gravísimas angustias que nos afligen, encontramos ciertamente un gran motivo de consuelo en el laudabilísimo celo pastoral con que los obispos defienden con valor la causa católica, y luchan por conservar intactos los principios de nuestra santa fe y la unidad de la Iglesia contra las asechanzas y esfuerzos múltiples que emplean los hombres impíos para propagar sus errores. Nos tenemos confianza en que todo el clero católico se esforzará en imitar los ilustres ejemplos de sus obispos, procurando rivalizar con ellos.

«Entre tanto, nos dirigimos una vez mas á todos estos enemigos de Cristo y de su Iglesia santa, advirtiéndoles que consideren seriamente que Dios castiga de un modo terrible á sus enemigos y á los de su santa Iglesia.

«En cuanto á nosotros, no cesamos, venerables hermanos, de rogar y suplicar con humildad y fervor al Padre de las misericordias, para que traiga á todos los desdichados errantes por el camino de la perdicion á la senda de la verdad, de la justicia y de la salvacion, y para que en todas partes engrandezca y llene de gloria con nuevos y brillantes triunfos á la Iglesia católica.»

Pio IX hizo en aquel año una excursión á Castel-Gandolfo; aprovechando sus pocos dias de esparcimiento para visitar algunos lugares célebres por la piedad que excitan y los recuerdos que entrañan.

El sábado 22 de mayo se trasladó al santuario de Gallono, situado en el camino del Ariccia y Gensano, regiones amenas y glorificadas por la via Appia, via sostenida por los colosales trabajos que certifican á las generaciones el genio de Appio Claudio, via enriquecida por atrevidas y preciosas mejoras llevadas á cabo por los mas celosos pontífices. La Ariccia moderna ocupa el espacio de aquella antigua ciudadela donde acabó sus dias el hijo de Porsenna. En medio de uno de los frondosos bosques, que hacen paradisiaca aquella fértil region apellidada todavía la selva de Diana, elévase la iglesia de Nuestra Señora de Galloro, servida por los Padres de la Compañía de Jesús. Pio IX, despues de haber adorado el Santísimo Sacramento y venerado la milagrosa imagen de María, admitió á la comunidad al beso de los piés, entablado familiar conversacion con los religiosos. Al salir del santuario, el pueblecito de Ariccia se encontraba brillantemente iluminado, y la municipalidad le consagró una espléndida fiesta nocturna que el paternal Pio presenció, lleno de pura satisfaccion, desde una elegante tienda que al efecto se habia levantado.

La multitud de pueblo era tanta que al regresar á Castel-Gandolfo, el tiro de la carroza pontificia se vió con frecuencia detenido.



Á la mañana siguiente Nemi fue el afortunado lugar que recibió la visita del Papa. Nemi se levantó sobre las ruinas de un antiguo templo de Diana. Bella es la posición de Nemi que sucesivamente ha sido patrimonio de los Frangipani, Savelli y Colonna como hoy lo es del duque Braschi sub sobrino de Pio VI, Nemi domina un apacible lago formado sobre el cráter de un volcan; lago que los romanos gentiles llamaban el *speculum Dianæ*. Cuéntase que era aquel el lugar predilecto de Tiberio, el cual para embellecerlo había hecho construir una nave de ciento cuarenta metros de longitud por setenta de latitud.

El cardenal Antonelli recibió al Papa en Nemi acompañado del cardenal di Pietro, obispo diocesano. Pro IX visitó la iglesia de los Franciscanos allí erigida, en la que se celebraba el segundo aniversario secular de los grandes prodigios obrados por la invocación de un Crucifijo que todavía se venera allí.

El duque Braschi hospedó en su augusta alcázar al Pontífice, tributándole con régia magnificencia los homenajes debidos á la mas alta dignidad de la tierra.

No tenemos tiempo ni espacio para detallar todas las visitas realizadas por Pio IX en los alrededores de Castel-Gandolfo.

Gengaro, Frascati, Grotta Ferrata, etc., fueron teatro de ruidosas y cordiales ovaciones; una lluvia de flores inundaba su carruaje, ó caía á sus plantas, porque á sus simpatías personales, que arrancan de los fieles entusiastas admiraciones, se unía el recuerdo de los actos de misericordia que multiplicaba amnistiando á muchos presos y acallando los gemidos de muchos indigentes.

El día 31 de marzo regresó á Roma, ansiosa ya de aclamar de nuevo, como en efecto aclamó, al Papa cuya ausencia de pocos días, era cordialmente sentida.

Mas ¡ay! aquellos pocos momentos de expansion quiso la Providencia fueran seguidos por una profunda amargura.

Pio IX, que ha profesado siempre un verdadero cariño á su familia, perdió á su hermano primogénito, el conde Gabriel Mastai, octogenario. El conde Gabriel era todo lo que se llama un caballero, y entre los individuos de su casa puede decirse que obtenía la predilección del soberano Pontífice.

Al tener noticia Su Santidad de que su ilustre hermano había sufrido una peligrosa caída, se dirigió á Santa Cruz de Jerusalem, santuario edificado en la plaza de san Juan de Letran, y en la que se conserva la célebre *Scala sancta*. Fórmanla veinte y ocho eslabones de mármol blanco listado (*marmor tyriticum*) que la emperatriz Elena hizo venir de Roma. Es la misma que JESUCRISTO subió y bajó cuatro veces el día de su pasión, en el palacio de Pilatos. Por un laudable arranque de piedad los fieles la suben de rodillas, bajando despues por una escalera lateral (1).

(1) Dos veces hemos tenido la fortuna de poder subir aquella célebre escalera. Siendo tantos los fieles que continuamente la suben, gastábase ya con el frote el duro mármol, por lo que para impedir el deterioro de aquel importante monumento religioso é histórico dispuso un pontífice que se cubriera el mármol de preciosa madera, dejando abierto en ella un óbolo con cristal en aquellos puntos en donde se ven marcadas las gotas de sangre, caída allí mismo de las heridas del Redentor divino. Los fieles se inclinan ante aquellas gotas y las adoran al través del cristal. Sobre aquel cristal bendito depositamos el beso de nuestros labios con tanta efusion, que en gracia del consuelo que nos causa recordarlo, estamos seguros de que se nos dispensará esta legítima y cristiana expansion de nuestra alma.

Pro IX, á pesar de su edad y de sus fatigas, quiso subir de rodillas tambien aquella escalera sagrada, á fin de implorar para su hermano la salud temporal, ó si no pluguiera á Dios concedérsela, la gracia de una breve y tranquila muerte.

«Pro IX, dice Ernesto Hello, subiendo de rodillas la *Scala sancta*, á pesar de su edad avanzada y del subido calor que se sentía, apoyándose en el brazo de un gentil hombre, cuando le era imposible sostenerse por sí propio, inundado de sudor, enjugándose la frente, ha dado sin pensarlo, un grande espectáculo al mundo.

«Solo el Cristianismo podía trazar este cuadro y ofrecerlo á las miradas de los hombres.

«¡El vicario de Dios, el sucesor de san Pedro, el padre de la humanidad arástrase de rodillas sobre aquellos peldaños que subió y descendió JESUCRISTO! ¡Aquel á quien fueron confiadas las almas, enjuga el sudor de su rostro y no quiere descansar hasta haber llegado al último eslabon, porque su hermano está próximo á la muerte!

«En general el hombre entregado á sí propio es demasiado débil para aperibirse y sentir exactamente su situación.

«Es difícil á un rey permanecer plenamente hombre, es difícil á un hombre, que siente el polvo de que fue hecho, permanecer plenamente rey.

«Es difícil al que tiene sobre sí los destinos de una nacion conservar todo el lleno de los sentimientos personales de hombre, de hijo, de hermano, de amigo; el hombre soberano de hombres tiene grandes dificultades á manifestarse diferente que ellos, superior á ellos y mejor que ellos, á la vez que igual á ellos. Todo el que por su estado debe considerarse grande tiene dificultad de manifestarse hombre; de modo que, no sin cometer una especie de crimen de lesa majestad, los dolores naturales invaden la persona de un soberano.

«Mas hé ahí que en el acto que nos inspira sucede todo lo contrario.

«El Cristianismo nada tiene que ocultar, porque conoce á fondo toda la grandeza y todo el sufrimiento. El que empuña las llaves terribles, el que guía y conduce la Iglesia á través de su peregrinación, el que tiene debajo su solicitud el oriente y el occidente, el que ejerce un imperio sobre el que el sol jamás se pone, permanece hombre, hijo y hermano; da á la naturaleza lo que le incumbe, revela su angustia por una plegaria que cubre de dolor su frente, acuérdase que es humano polvo al través de las alegrías y de los dolores del espíritu; ostenta al pueblo su oración y su sudor como le ostenta la tiara en su frente oficiando en san Pedro, actitudes que concurren todas á enaltecer la magestad de su persona.

«La divinidad de su destino, su ministerio, su persona, su vida resplandece mas que de ordinario cuando ruega, cuando suda por un duelo de familia, de rodillas en la escalera, varias veces recorrida por JESUCRISTO y por su Vicario.»

Dios llamó el alma del piadoso conde Mastai. Sinigaglia y el Vaticano se cubrieron de luto.

Pro IX al saber el ya temido fallecimiento se encerró algunas horas en su habitación particular, no saliendo sino para dirigirse á San Pedro donde por largo rato oró ante el santísimo Sacramento; prosternóse luego ante el sepulcro de los apóstoles Pedro y Pablo. Sensible á la vez que resignado, el Pontífice



dió á la cristiandad una lección práctica del modo varonil con que se han de recibir los contratiempos que Dios nos envía.

Roma entera se asoció al profundo dolor de su rey y Pontífice, de modo que pronto las manifestaciones de cariño filial hicieron brotar de los ojos del padre lágrimas de ternura, que sustituyeran á las exprimidas por la natural pena de su lacerado corazón de hermano.

Acercábase la época en que Pío IX había de recibir de la Providencia el privilegio, único hasta ahora en la historia de los Papas, de sobrevivir á los días que Pedro reinó desde la cátedra romana.

Era de creer que la Iglesia se entregara á manifestaciones cordiales de amor y de entusiasmo con motivo del fausto y raro suceso con que la divina Providencia ha querido derramar una gota de bálsamo en el corazón de la cristiandad amargada por tantos sinsabores; empero de ninguna manera, debemos confesarlo, esperábamos que la expresión del gozo cristiano fuese tan elocuente y tan significativa como ha sido en realidad.

La edad media, á pesar de ser la edad de la fe, presenta en sus anales pocos espectáculos que superen en colorido al cuadro que la cristiandad ha desplegado; escribamos, pues, esta página consoladora, ya que nos hemos visto precisados, en nuestra cualidad de historiadores, á escribir tantas de ingratas.

Volvamos ante todo á Roma las miradas: verdad es que la soberana de los pueblos gime cautiva, y que el Vaticano, suntuoso alcázar consagrado por la devoción y la piedad de los siglos á la grandeza pontificia, está convertido en otra cárcel Mamertina, en donde habita solo custodiado por los Ángeles el Pontífice que merece el dictado de *Pedro II*.

Sin embargo, este mismo aislamiento, el abandono, la persecución que el Papa sufre de parte de los poderes terrenales, da mayor realce á las ovaciones espontáneas y á los homenajes tributados al que no tiene á su lado más que el derecho ultrajado y algunos fieles servidores.

Roma cuenta pocas fechas tan gloriosas como la del 16 de junio pasado.

El Papa cautivo, reuniendo á sus plantas lo más escogido de la sociedad, las principales notabilidades del orbe, ya se consideren bajo el punto de vista del talento, de la fortuna ó de la posición, es un testimonio muy elocuente de la gloria y fuerza morales é imperecederas que en la institución pontificia vienen vinculadas.

No podemos dar una noticia completa de todas las diputaciones que recibió el Padre Santo en aquel memorable día.

La primera fue la encargada de comunicarle la felicitación del sacro Colegio.

Hé ahí lo que contestó Su Santidad á aquellos venerables cardenales:

«Doy las gracias, dijo, al sacro Colegio, por los sentimientos que no ha cesado nunca de manifestarme. Él ha sido mi más grato consuelo, mi primero y más fiel sosten en mis pruebas por la Iglesia de JESUCRISTO; asistiéndome continuamente, ya en las diferentes congregaciones, ya en tantas obras llevadas á cabo para bien de los fieles. Al veros, queridos míos, y al pensar en la época en que vivimos, acude á mi mente el recuerdo de David á quien un hijo indigno arrebató el trono y palacio. Para no caer en manos de los rebeldes tuvo que tomar el camino del destierro, sobrellevando las injurias y las blasfemias del cobarde Semei que insultaba su desgracia. Se alejaba con sus fieles soldados que le formaban una muralla con sus cuerpos y aligera-

ban sus dolores participando de ellos. En sus soldados veo vuestra imagen, así como en sus injurias y blasfemias veo figurar las blasfemias, los ultrajes y la hipocresía de los periódicos que mancillan nuestra Roma. Ya sabéis cuál fue la suerte de aquel hijo rebelde, y cómo pereció traspasado de tres lanzadas. Deseo y pido esas tres lanzadas, pero solo en orden de la gracia, para el que me ha despojado y los que tan injustamente me persiguen. Esas tres heridas son el recuerdo de lo pasado, de las injusticias y violencias cometidas; la idea de lo presente, que le haga comprender á qué triste condición ha reducido á la Iglesia en la ciudad misma donde tiene su Sede pontificia; y la idea de lo porvenir, que le advierte que habrá de comparecer ante el tribunal de Dios y darle estrecha cuenta de su conducta. Solo deseamos que los pecadores se conviertan y que vivan. Bendigo afectuosamente á los cardenales. Que el Señor les colme de todos los bienes. Bendigo á sus diócesis, á sus servidores y á los que dependen de ellos, rogando al Señor que premie su adhesión y fidelidad con todos los bienes espirituales y temporales.»

Bélgica se manifestó á la altura de su fe tradicional ofreciendo al Pontífice una tiara valorada en 300,000 francos, y mereciendo de Pío IX el siguiente homenaje rendido á la religiosidad de aquel país:

«Si bien en este momento solemne, dijo, todo el mundo católico se interesa por mí y toma parte en mi situación, no existe ciertamente ningún país que supere al vuestro en la unidad del pensamiento y en la fuerza del afecto. ¡Cuántas pruebas generosas me ha dado la Bélgica! *Juvenes et virgines, senes cum junioribus* se han unido para manifestar al Papa su filial amor y aliviar sus padecimientos.

«Y me parece que el Señor ha querido recompensaros de una manera que calificaré de prodigiosa. En medio de la tempestad que ha agitado á toda Europa, vuestro país ha permanecido tranquilo. Es verdad que ha contribuido á ello vuestra prudencia; pero es cierto también que vuestro amor al Pontífice y á la Iglesia ha tenido su parte en este prodigioso alejamiento del peligro.

«Me ofrecéis presentes; una tiara magnífica, símbolo de una triple dignidad real en el cielo, en la tierra y en el purgatorio. Mi reino no perecerá porque el Papa será siempre Papa en cualquier lugar donde se halle, un día en sus Estados, hoy en el Vaticano, y tal vez otro día en una cárcel. Sí, acepto esa corona como un símbolo de resurrección. No me servirá en la actualidad, la guardaré para los días del triunfo. Haga el Señor que llegue pronto...»

Al contestar á la comisión holandesa Su Santidad pronunció las siguientes palabras:

«¿Cómo no he de amar á la Holanda, cuando me unen á ella tres grandes lazos, sus oraciones, sus considerables ofrendas y el haberme enviado sus esforzados hijos para defender la Iglesia y la Santa Sede? Pero ellos no han podido continuar la lucha uno contra cuatro. He admirado á muchos de esos jóvenes; uno de ellos tenía el brazo fracturado, y otro, lo recuerdo muy bien, sobrellevaba sus padecimientos con admirable resignación. Al verles derramar lágrimas, no de debilidad, sino de admiración por su valor y sus virtudes.

«Vuestro Gobierno, aunque protestante, no puso obstáculo alguno para que esos jóvenes viniesen á Roma. Sé muy bien que la sociedad está trastornada y que no siempre los Gobiernos tienen completa libertad de acción.»

Su Santidad, hablando familiarmente con los individuos de la comisión polaca, les dijo:



«Mis hijos han acuñado medallas, llegan comisiones, las naciones protestan, todo el mundo católico está conmovido, y sin embargo nada ha cambiado en mi posición, y nada tengo seguro. Pero, de todas maneras, este estado de cosas no puede durar siempre; no cambiará sin duda hoy ni mañana, mas cambiará. Os he dicho que era preciso tener calma. El Señor no ha permitido que pierda un solo instante mi confianza, y hasta os diré que lo que hoy sucede es una garantía para el porvenir.»

La Francia representada por el ilustrísimo Obispo de Nevers, y por unos cuantos centenares de hombres notables de la nación de san Luis, se presentó á Su Santidad, reiterando, con el entusiasmo que caracteriza á los franceses, los sentimientos de su inquebrantable unión al pontificado: el Papa contestó al discurso del Obispo de Nevers:

«No puedo expresaros la diversidad de sensaciones que experimenta mi corazón.

«Tengo presentes los grandes beneficios que Francia ha hecho por mí. Tengo ahora presente que Francia sufre, y esta idea me hace sufrir. ¡Pobre Francia!

«Amo á Francia, y tengo grabado su recuerdo en mi alma. Ruego por ella todos los días; jamás la olvido en el santo sacrificio de la misa; mi pensamiento no se aparta de ella ni un solo instante. Como la he amado la amaré siempre.

«Sé que ha ofrecido los mas grandes ejemplos de abnegación: sé que su caridad ha sido grande para con los pobres y para con la Iglesia; sé el número considerable de institutos de caridad que ha fundado y el grande impulso que ha dado á todas aquellas obras que tuvieron por objeto moralizar á los hombres y principalmente á las mujeres.»

La España iba presidida por el eminente Sr. Blanco, obispo de Ávila: su ilustrísima supo interpretar con su proverbial elocuencia los votos del pueblo español, tan adherido á la cátedra de Pedro, centro de la unidad religiosa y social; hé ahí sus palabras:

«Beatísimo Padre: En esa gran conmoción religiosa con que los católicos de todo el orbe demuestran una vez mas en estos días la vigorosa y potente vitalidad de la Iglesia y el amor que arde en sus pechos hácia el inmortal Pontífice que tan dignamente la gobierna hace veinte y cinco años, no habia de permanecer inmóvil una nación que mas quizá que otra alguna de la tierra debe sus mas esplendentes glorias y hasta su vida social al Catolicismo, y muy señaladamente á las bendiciones siempre fecundas del supremo pontificado.

«La España, Beatísimo Padre, en medio de los quebrantos y humillaciones á que la sábia y amorosa Providencia, Árbitro eterno de los destinos, ha querido someterla con fines adorables, guarda, gracias á Dios, como una joya preciosísima la fe católica, principio generador y conservador de sus grandezas, y con ella el amor ferviente á la Iglesia y al Soberano Pontífice su cabeza. Este amor, Beatísimo Padre, léjos de entibiarse, se acrecienta y aquilata en medio de rudas pruebas y dolorosos combates, como suele siempre suceder á los guerreros de la Cruz.

«Y este acrecentamiento de amor de los católicos españoles, esta mayor intensidad de afectuosa y reverencial devoción á la Santa Sede apostólica es debida en gran parte al maravilloso cúmulo de favores y mercedes con que á

Dios plugo enriquecer y rodear de esplendor y de gloria el pontificado de Vuestra Santidad. El período histórico que este comprende es tan gloriosamente fecundo, que aun olvidada ó suprimida la historia de diez y ocho siglos, él solo bastaria para demostrar la vida divina de la Iglesia, la acción continua de Dios en medio de ella.

«Y ahora, continuando el Señor la obra de sus maravillas, está prolongando los días de vuestro pontificado mas allá de los términos de todos los anteriores despues de san Pedro. Este fausto acontecimiento, Beatísimo Padre, atendidas todas sus circunstancias, tomadas en cuenta las fatigosas tareas del altísimo ministerio, las tenaces luchas en él sostenidas contra el poder creciente del error y del mal, los desdenes y horribles ingratitudes sufridas, los ataques y sacrílegas violencias contra él empleadas; atendido esto y sobre todo la delicada y exquisita sensibilidad de vuestro corazón dulcísimo, dan al suceso de la prolongación de vuestros días un cierto carácter de prodigio que levanta hácia Dios los corazones de los católicos haciéndoles exclamar: *Hoc opus dextere Excelsi*. Obra es esta de la diestra del Excelso.

«De este dulce sentimiento se hallan muy especialmente penetrados los españoles pertenecientes á las asociaciones activas, últimamente formadas con el fin de agitar y mantener en su vivacidad y acción salvadora las ideas y los sentimientos católicos.

«Entre estas Asociaciones se distinguen por su ilustrada y constante laboriosidad la que lleva el nombre de *Asociación de católicos* y la *Academia de la Juventud católica*, cuyas comisiones, compuestas de ilustres y distinguidas personas, tengo la honra de presentar á Vuestra Santidad.

«Estas comisiones, Beatísimo Padre, representan en primer término á las dos Asociaciones mencionadas; mas como el espíritu que á esas anima es el mismo de que vive la mayoría inmensa del pueblo español, bien puedo yo asegurar, para consuelo de Vuestra Santidad, que ellas son verdaderamente representantes de la España, y que en cierto sentido la España está hoy aquí, ante la augusta presencia de Vuestra Santidad, dando un nuevo testimonio de su fe, y una prueba insigne de su íntima y cordial adhesión al Jefe de la Iglesia, al Maestro infalible, al Pastor amoroso, al tierno y muy querido Padre de toda la cristiandad.

«Sí, Beatísimo Padre; La España de hoy, que gracias á la misericordia del Señor vive todavía del yugo de la España antigua, de la España de Recaredo y san Fernando, de la España que dió vida y luz á un nuevo mundo, al felicitarnos por el fausto advenimiento al vigésimosexto año de vuestro pontificado, participa de la universal alegría que tan glorioso acontecimiento inspira á toda la Iglesia católica; protesta que está y quiere permanecer unida á Vos en los combates como en los triunfos, en los dolores como en los gozos, en las amarguras y tribulaciones como en las dulzuras y consuelos: ama lo que Vos amais, desea lo que Vos deseais, reprueba, condena y anatematiza lo que Vos reprobais, condenais y anatematizais.

«Espera también confiadamente, puestos los ojos en el cielo, lo que Vos esperais, la paz de las naciones, el triunfo de la Iglesia y de la Santa Sede apostólica, vuestra libertad y la libertad del espíritu de doscientos millones de hombres que os llaman Padre, y cuyos corazones forman un trono de amor que no os arrebatará la impiedad.

«Para el logro de estos justos deseos y realización de estas santas espe-



ranzas las comisiones de las Asociaciones religiosas que me han honrado con su especial confianza en nombre suyo y de sus dignos comitentes ofrecen á Vuestra Santidad sus oraciones, la constante actividad de su celo en la propagacion de la verdad y del bien, los sentimientos de la veneracion mas profunda, y finalmente los donativos que la piedad española ha puesto en sus manos para que los presenten á los piés de Vuestra Santidad como tributo de amor y homenaje de ardiente devocion.

«Tales son, Beatísimo Padre, las *garantias* que los católicos españoles pueden ofrecer. Creo fácilmente que ellas, á diferencia de otras, sean aceptas á Dios y á Vuestra Santidad. Dignaos pues, Santísimo Padre, recibir las con la paternal benignidad que os caracteriza; y para que puedan continuarse en cuanto la necesidad lo exigija, dignaos ¡oh Vicario de Dios! extender vuestra mano paternal y benéfica sobre la España, á quien tanto amais y que tanto os ama, para que con vuestra bendicion desciendan sobre ella en gruesos raudales las bendiciones del cielo que apaguen el fuego de nuestras discordias. Dignaos bendecir muy señaladamente las Asociaciones antes mencionadas, y á estos ardientes y animosos católicos que me acompañan y me edifican con sus virtudes.

«Dignaos tambien extender el beneficio de vuestra bendicion apostólica á todos los que han concurrido con sus piadosas ofrendas al alivio de las angustias de Vuestra Santidad y á las familias y amigos de unos y otros. Quiera el Dueño de la vida conservar incólume la muy preciosa de Vuestra Santidad, hacer que vuestro pontificado, engrandecido ya por tantos títulos, consiga la gloria de traspasar *los dias de Pedro*, y que los que ahora tenemos la honra y el consuelo mezclado de cierta amargura de visitar á Pedro *in vinculis*, tengamos un dia el placer y la dicha de saludarle ensalzado en trono de gloria en medio de la Iglesia santa, dirigiendo con plena libertad su voz apostólica desde la cátedra infalible á todos los pueblos y naciones de la tierra, para atraer á todos los hombres á los caminos de la verdad y conducirlos al cielo.

«Si para llegar á tan venturoso término fuese necesario, Beatísimo Padre, dar nuestra sangre, nuestra vida... ¡Oh! felices nosotros concediéndonos el Señor su gracia. Nuestra vida... nuestra sangre... ¿Qué importa nuestra vida? ¿Qué vale nuestra sangre? Muramos nosotros en la paz del Señor: muramos nosotros, y ¡*Viva Pro IX! ¡Viva Pro IX papa-rey!*»

Conocidas son las simpatías que Pio IX profesa al pueblo español; conocida es la profunda pena que siente ante el aflictivo estado de nuestra Iglesia; no es extraño, pues, que el conmovedor lenguaje del Obispo de Ávila, expresion tan acertada de los sentimientos españoles, arrancara de los ojos de Su Santidad algunas lágrimas elocuentes, é inspirara á sus labios frases elocuentísimas, certificado consolador de que todavía poseemos el amor y el cariño del Padre Santo, augusto soberano de nuestras conciencias.

La Inglaterra envió al Papa varias diputaciones; al clero inglés recordóle Su Santidad el placer que sentia de haber podido llevar á cabo el restablecimiento de la jerarquía católica en el país evangelizado por san Bonifacio.

La Juventud católica inglesa le dirigió tambien á Su Santidad la expresion de sus íntimos afectos:

«Santísimo Padre: al saludar con inexplicable alegría el vigésimoquinto año de vuestra elevacion á la cátedra de san Pedro, nosotros, representantes de la juventud católica de la Gran Bretaña, deseamos acercarnos á Vuestra

Santidad con los sentimientos de la mas firme lealtad, devocion, veneracion y amor.

«En medio de tantas pruebas como afligen á Vuestra Santidad y llenan de dolor el corazon de vuestros adictos hijos, damos gracias á Dios de haber permitido extender la duracion de vuestro reinado sobre la Iglesia mas allá de los años de vuestros ilustres predecesores, desde san Pedro hasta nuestros dias.

«Vuestro pontificado, que en los anales de la Iglesia no tiene ejemplo por su duracion, brillará siempre en primera línea por el recuerdo de los contratiempos que le han afligido, por las verdades que durante él han sido anunciadas y por la dignidad sublime que Vuestra Santidad ha mostrado en medio del tumulto de las pasiones y de los desórdenes que agitan á las naciones y á los hombres.

«Protestando con toda la energía de nuestro carácter contra la invasion sacrilega de los Estados de la Iglesia, y atestiguando nuestra detestacion de los ultrajes cometidos contra el infalible Vicario de Cristo, declaramos, como á buenos hijos de la Iglesia, nuestra adhesion inviolable al trono de san Pedro y á la sagrada persona de Vuestra Santidad.

«Suplicando ardientemente la continuacion de vuestra solicitud paternal para con nuestra patria, que tanto debe á vuestro pontificado, rogamos á Dios que pronto la Gran Bretaña pueda recuperar entre las naciones el puesto que antes tenia entre los defensores mas celosos de la Santa Sede.

«Esperamos que Vuestra Santidad reinará todavía mucho tiempo al frente de la Iglesia universal, é interesándonos por las exigencias del órden, de la sociedad y de la Religion, anhelamos que pueda Vuestra Santidad ser testimonio del triunfo de estos gloriosos principios por los que Vuestra Santidad muestra tan encendido celo.

«Santísimo Padre: prosternados á vuestros piés, y consagrando á vuestro servicio el entusiasmo de nuestra juventud, las fuerzas de nuestra edad madura, la adhesion de toda nuestra vida, imploramos en cambio vuestra bendicion apostólica para nosotros y para nuestra patria.»

De todos los puntos del universo se dirigieron á Pio IX iguales plácemes, idénticas protestas. Una misma fue en aquel dia la santa preocupacion del universo católico.